

## Nuestro Lecho no es de Rosas

# En Defensa de los Capitalinos

POR LORENZO MEYER

**H**ACE unas semanas estuve en el norte. Entre las cosas con las que me encontré había algunas que eran previsibles, entre ellas una actitud de irritación y desdén con respecto a las autoridades federales. También un marcado orgullo regional que, entre broma y broma, llevó a un ilustre historiador local a decirme que su nacionalidad no era la mexicana sino la de su estado, ya que éste tenía todos los atributos reales para ser una república independiente, sólo le faltaban los formales.

★

**H**ASTA aquí, santo y bueno. Lo que ya no me gustó ni creo que se deba aceptar sin discusión, es el hecho de que los descontentos de provincia nos culpen de sus males políticos a los que nacimos y vivimos en la otrora bella y digna capital de México. De manera simplista, mucha gente de provincia identifica al centralismo político como obra de los capitalinos, de los odiados "chilangos". Esto es simplemente injusto.

La centralización política y el presidencialismo actuales van de la mano. Y no creo faltar a la verdad si afirmo que las bases sustantivas de esta centralización que ahora vivimos las pusieron, no los capitalinos, sino dos oaxaqueños: Benito Juárez y Porfirio Díaz. La Revolución iniciada en 1910 destruyó, en un primer momento, la capacidad del centro para mandar, y lo que floreció a partir de 1913 no fueron tanto las supuestas virtudes cívicas de las patrias chicas —aunque sí las hubo—, sino más bien los cacicazgos, que en brutalidad y arbitrariedad le dieron veinte

y las malas al centro. La concentración del poder en la ciudad de México volvió por sus fueros en los años veinte y treinta, pero sus arquitectos no fueron los políticos capitalinos sino

el "grupo de Sonora" y después don Lázaro Cárdenas, un michoacano ciento por ciento.

El modelo económico que ahora ha dejado de funcionar y del cual casi todos nos quejamos, fue obra de Avila Camacho y Miguel Alemán, a los que se puede culpar de muchas cosas, menos de la de ser capitalinos. En fin, el perfeccionamiento del tapadismo y la antidemocracia que hoy nos caracteriza es algo que debe quedar en el haber de don Adolfo Ruiz Cortines, un veracruzano, maestro de la insinuación y del sobreentendido. Acepto que los dos presidentes anteriores al actual fueron originarios del Distrito Federal. Esto, desde luego, no es motivo de orgullo local, pero debemos admitir que ellos no inventaron nada; simplemente maladministraron lo que ya venía de muy atrás.

★

**A** cualquier provincia no que se queje del centralismo y de la falta de democracia, los capitalinos le podemos responder con la frase de uno de nuestros coterráneos más ilustres: "¿Es que acaso yo estoy en un lecho de rosas?"

En el México actual, la lucha política más viva e interesante no es la que se da a nivel nacional sino local. Desafortunadamente, los capitalinos somos los únicos mexicanos que carecemos del derecho a elegir a nuestras autoridades. Hubo un tiempo en que el gobierno municipal existió —aunque con imperfecciones— en la ciudad de México. Fue por un conflicto entre Obregón, el caudillo

sonorense, y la CROM, que desapareció de la vida capitalina este elemento básico de toda democracia moderna: el derecho a elegir a la autoridad inmediata, la responsable del buen gobierno local. Sólo se conservó el derecho a elegir a los diputados, muy probablemente porque en la práctica significan absolutamente nada.

★

**E**S más, si se examina la lista de las autoridades que han gobernado a la capital desde que México logró la independencia en el siglo XIX, se encuentra un dato sorprendente: de todos aquellos gobernantes de quienes se conoce su lugar de origen, ninguno nació en el Distrito Federal. Es por ello que si alguien ha sufrido de la pérdida de los derechos políticos básicos, somos, después de los ministros del culto religioso, los habitantes del Distrito Federal. Hemos sido gobernados por fuereños, por provincianos y quizá por ello nos ha ido como nos ha ido. Así pues, si alguien tiene materia de queja contra el centralismo, el primer lugar nos corresponde a los capitalinos, ciudadanos de segunda, miembros de una urbe perpetuamente ocupada por gente de fuera. Llegó el momento de clamar a voz en cuello ¡el gobierno del DF, por los defeños y para los defeños!